## La crítica literaria

No es sólo en indumentaria donde aparecen, à menudo, modas extravagantes é irracionales. También las hay en la vida intelectual, y éstas son más dañinas, porque afectan á cosas substanciales del vivir humano, cuyos descarríos traen siempre gravísimas consecuencias. Cierto es que unas y otras modas sólo arrastran y perturban, por lo general, á los espíritus frívolos, ó á los que carecen de personalidad para reobrar contra el empuje de las novedades; pero como el ejemplo es siempre pernicioso y la imitación inconsciente obra, á la larga, sobre la mayoría de los hombres, interesa dar de vez en cuando la voz de alerta para que los aun no atacados de la enfermedad, se prevengan contra la invasión. Esa voz es tanto más necesaria, cuanto que tales modas intelectuales suelen ser prohijadas por los cucos, que encuentran en ellas elementos de protección para sus cuquerías y armas para realizar sus pequeñas venganzas, hijas de la envidia ó el despecho.

Así ha ocurrido durante algún tiempo con la moda de despreciar la crítica literaria. Aunque es moda pasada, en gran parte, todavía se empeñan en sostenerla (cuando les conviene) algunos literatos. Considero, pues, de utilidad discurrir acerca de ella.

Indudablemente, la crítica tuvo una época de florecimiento en el siglo pasado, durante la cual, con más ó menos firmeza, creyeron las gentes en su valor absoluto, no sólo como juicio de la producción literaria, sino como medio educativo -singularmente en la función de policía, que es una manera de educar-para los aspirantes á literatos. Tal creencia no debe extrañar á nadie. No es un fenómeno especial de la critica, sino un hecho que se repite constantemente en la historia, con motivo de toda función que lleve en sí algún propósito directivo, disciplinario, desde la política à la enseñanza. Rousseau, Goethe, Fichte, creveron en la omnipotencia de la pedagogía, en lo absoluto de sus resultados, y á ese juicio asintió toda la humanidad civilizada, durante más de un siglo. La Revolución, los políticos todos educados en el racionalismo del Derecho natural y que con él han transformado el mundo, creyeron igualmente en la omnipotencia de los cambios constitucionales. Unos y otros se equivocaron; pero esa equivocación no ha destruido ni la fuerza real de la pedagogía y el interés creciente que le otorgan los espíritus substancialmente reformadores, ni el poder y la misión del Estado en la vida. Toda la rectificación ha consistido en hacer más modestos á políticos y pedagogos, en reducir su acción á los justos límites y en depurar los métodos para que produzcan el mejor efecto que sea dable.

Lo mismo ha sucedido con la crítica literaria, respecto de la cual, sin embargo, aquella creencia no fué nunca tan absoluta y general como las correspondientes á la enseñanza y á la política. Posible es que algunos críticos se considerasen «de

derecho divino» (por lo menos, los hay que lo confiesan así, aunque el testimonio sólo vale para los confesados); pero esto, que obedece, más que á concepto de la función, á la idea que de su valer propio tiene cada cual, puede cargarse en el capítulo de las faltas personales, no en el de la crítica misma. Bastantes faltas tiene ésta, como juicio humano que es, para que se le cuelguen otras ajenas.

Pero lo curioso es que quienes rechazan como inútil ý, substancialmente, necesariamente, erróneo, el juicio de la crítica profesional, no suprimen toda función de este género. En cuanto á lo presente, sustituyen aquél con el juicio de los profanos, del gran público, fiando de un modo exclusivo en el instinto artístico que atribuyen á la masa; y en cuanto á lo futuro, se entregan al fallo de las generaciones venideras, á la obra infalible (?) del tiempo. Analicemos esas dos nuevas creencias.

La primera, supone dos cosas: que los profanos no se equivocan, mientras los profesionales sí; que, en todo caso, el juicio de aquéllos es superior, de más garantías de acierto, que el de éstos. Asombrémonos del admirable candor que supone creer infalible el juicio del gran público en materia de arte, ó en cualquier otra. Se necesita haber olvidado que ese gran público, que esos profanos, tuvieron por admirables novelistas-las ediciones de cuyas obras se agotaban rápidamente-al vizconde de D'Arlincourt y à Pérez Escrich, à Onhet y á Paul Feval; por insignes poetas á Velarde y à Grilo; por dramaturgos inconmesurables, à Scribe y Bouchardi... Los ejemplos se podrían multiplicar con poco trabajo de la memoria. Y nótese que, las más de las veces, tales juicios de

los profanos eran contradichos por los profesionales, y que la razón estuvo de parte de éstos. Si D'Arlincourt y Pérez Escrich, Feval y Onhet, Velarde y Grilo atendieron más al voto de los primeros que al de los segundos, para orientarse en la producción literaria (y así parece que fué), no debe ya extrañarnos que persistieran en sus ñoñeces y vulgaridades y que formasen de sí propios un altísimo concepto, como cosa asentada en opiniones infalibles. Y si à lo presente miramos, ¿cabe duda que muchos de los autores preferidos hoy por el gran público, y cuyas obras se venden que es un primor, se hundirán en el olvido pasadas dos ó tres generaciones? ¿Tomaremos por oro de ley, por juicio incontrovertible, el aplauso de los profanos á eso que se llama el género chico? ¿Reputaremos de buen gusto é infalible el entusiasmo por La marcha de Cádiz y la canción del morrongo? Pues todo ello lo sancionaron esos profanos que se pretende colocar á la cabeza de la crítica artística.

Cierto es que los críticos profesionales se equivocan también. Bueno fuera que no; pero son hombres y se equivocan, como en lo suyo sufren equivocaciones constantes los médicos, los abogados, los ingenieros y hasta los negociantes. Pero aquí no se trata de negar que los críticos se equivoquen, ni eso lo ha pretendido nunca nadie, como no sea, á veces, el propio crítico si es soberbio y se tiene por superhombre. Lo que se quiere evidenciar aquí es que también se equivocan (y en gordo) los no profesionales. La conclusión sensata podría ser que no nos fiáramos ni

de unos ni de otros.

Vengamos ahora á la segunda afirmación que supone la sobrestima del juicio profano, á saber:

la de la superioridad de éste comparado con el de los críticos profesionales. ¿Por qué esa superioridad? El argumento que se usa es análogo á uno que se usó para probar la necesidad del Jurado en materia penal: porque el profesional está lleno de preocupaciones de escuela y de envidias ó celos de clase, y no puede, por tanto, ni ser imparcial, ni tener la clara, serena visión de lo bello, que suele estar por encima de todo dogma de filosofía estética. En lo que se refiere al orden intelectual, este argumento representa la solución de un problema lógico de la mayor importancia: el de la jerarquía en que se hallan el conocimiento vulgar y el científico y, en otros términos, el de la necesidad ó inutilidad de las especialidades técnicas; y esa solución significaría, aplicada en todo su sentido, que el vulgo sabe más que el hombre de ciencia, y que no sólo no hace falta estudiar y especializar para entender de las cosas y poder hablar de ellas con autoridad fundada, sino que el estudio y la especialización perjudican. Por lo tanto, cuando se trate de estimar el valor arquitectónico de una catedral gótica, verbigracia, yo acudiré al juicio del carbonero de la esquina, ó del comerciante retirado que vive del cupón, antes que al de un arqueólogo que se ha pasado la vida estudiando y viendo monumentos; y como el de éste no me sirve para nada, pediré desde ahora que se cierren todas las cátedras de arqueología y se quemen todos los libros que de semejante ciencia tratan. Con disponer de sentido común y con el juicio espontáneo del vulgo, tendremos bastante.

Ya sé yo que los mantenedores del susodicho argumento clamarán contra esta consecuencia y la calificarán de exagerada; pero esos clamores no significarán sino que se dan cuenta del absurdo

implicito en su teoría y retroceden ante su declaración lógica. Por más vueltas que le den, esa es

la conclusión en que ha de pararse.

Si, á pesar de esto, pueden todavía creer en semejante absurdo algunos hombres ilustrados, débese á que viene apoyado en dos hechos ciertos, que dan apariencia de verdad á la afirmación entera: el uno es que, efectivamente, toda profesión (cuando no la acompaña una cultura enciclopédica conveniente, ó no se orea de continuo con nuevas influencias) tiende á cristalizarse en ciertos dogmas, en ciertos principios de sobrada rigidez, que quitan espontaneidad y flexibilidad al juicio; el otro, que, indudablemente, los profanos, con tal de que sean hombres de cultura (una minoria, pues, dentro del gran público), tienen un buen gusto natural, un sentido lógico común, que les permiten formar juicio propio sobre muchas cosas, que profesionalmente no conocen, con una independencia y una frescura de pensamiento que no son cantidades despreciables en la constitución del criterio general. Mas lo primero queda compensado con las mayores preocupaciones de que adolece siempre el juicio de los legos en cualquier materia. El vulgo-tomando la palabra en su acepción llana, no en la ofensiva-tiene á su modo prejuicios doctrinales y, además, pesan sobre él los que constituyen el residuo de las ideas viejas, desechadas va por las inteligencias directoras, y que se perpetúan en forma de herencia inconsciente, de generación en generación, aumentado de cada vez la suma de opiniones hechas, erróneas, que son el más formidable obstáculo para el progreso. Es preciso que continuamente remueva ese fondo estadizo, misoneísta, la predicación de los profesionales, para que no inutilice por completo la obra general de la civilización.

En cuanto á lo segundo, tiene un límite que, aun en el terreno político (donde más fuerza han adquirido las ideas democráticas), reconocen hoy todos los que piensan sobre estas cosas. Es cierto que todo ciudadano entiende, en cierta manera, de los problemas públicos, y puede aportar su juicio á la resolución de ellos; pero la gobernación del Estado ofrece aspectos técnicos, que ni pueden ni deben confiarse à los que carecen de preparación adecuada. Pues en arte, sucede lo propio. Hay algo del arte asequible á todo el mundo, y en que cabe conceder á todos derecho para formular opinión; pero hay más todavía que sólo entenderán y podrán apreciar los especialmente capacitados por una larga ó intensa dedicación al asunto. Desconocer esta verdad y entregarse á la única guía de la masa, de los profanos, puede servir para darles gusto «hablándoles en necio», como dijo Lope de Vega, para conquistar una popularidad ruidosa y temporal, pero no para crear obras imperecederas de arte. El verdadero artista sabe, por el contrario, que él es un escogido, un espíritu selecto; y cuando crea, aspira á remontarse todo lo más que puede sobre el nivel medio de la vulgaridad. Los mismos sostenedores de la teoría que voy examinando, lo hacen así, á pesar de todas sus afirmaciones doctrinales (tan doctrinales como las de los críticos); y por hacerlo, han llegado algunos y llegarán otros á producir obras maestras, ó por lo menos, obras que perduren.

En cuanto al fallo de la posteridad, cierto que, en términos generales, es el que decide, descartando todos los casos de autores olvidados injustamente durante muchisimo tiempo, ó de otros cuya fama injusta persiste por varias generaciones; pero si se analizan los elementos de que está formado ese fallo, fácil será advertir que la mayoría de ellos proceden de los especialistas, de los profesionales, y que la masa no sólo se limita á aceptar los juicios de éstos y á repetirlos, sino que necesita á cada momento que la soliciten y espoleen para no caer en la indiferencia más grande respecto de los más admirables libros. Lo que sucede con la supuesta popularidad del Quijote, es un buen ejemplo que no debieran olvidar

los defensores de la opinión profana.

Nada de esto impide que el criterio erudito reciba constantemente del vulgar influencias que lo modifican y depuran en muchas cosas. Mediante esas mutuas acciones y reacciones, se va produciendo la obra intelectual humana; pero siempre será cierto que quien tiene más probabilidades de acertar en una cuestión, es quien la estudia. Y el arte no es cosa tan llana y asequible que pueda opinarse acerca de él—por lo menos, en sus manifestaciones de cierta altura—de buenas á primeras. Para gustar un romance de ciego, basta y sobra el criterio de la Maritornes; para gustar de la Odisea, ya hace falta un poquito más de preparación.

Queda por decir algo en punto al capítulo de envidias y celos de clase. Que de esto hay mucho en la vida literaria, no cabe dudarlo; los mismos que de ello se quejan, suelen padecer de ese mal. Pero ni es cosa exclusiva de aquella vida, ni tiene nada que ver con las cualidades intrínsecas, intelectuales, de la crítica. El escritor que, al juzgar la obra de otro, se deja llevar por la envidia, por los celos ó (cuando alaba) por la simpatía, comete

una inmoralidad que, por de contado, no suele engañar mucho tiempo á las gentes; pero es este un defecto individual (de que no están exentos los profanos), no un vicio propio de la crítica misma. Además, sólo en un hombre atrabiliario y amante de molestar al prójimo, ó totalmente desprovisto de sentido de justicia, cabe suponer que proceda así con todos, ó con la mayoría de los autores. Por lo común, la injusticia se comete con alguno, en quien la consideración de los agravios personales ó de la simpatía llega á sobrepujar el deber de decir lo que verdaderamente se siente, ó pone antojeras en la vista del crítico; pero, en los más de los casos, esto no ocurre, y en muchísimos críticos, ni siquiera una vez.

Por último, es erróneo el supuesto de que la crítica, cuando censura, no sirve para nada. A los corregibles, los enmienda; á los audaces, los contiene. La historia literaria de todos los tiempos demuestra que, cuando no hay un látigo—aunque éste no sacuda muy fuerte—, todas las nulidades salen de sus agujeros é infestan la vida intelectual. Es la historia eterna del gato y los ratones. Hace falta el gato.

## La erudición

Desde que la escuela histórica-la que representa gloriosamente Savigny-reaccionó contra el racionalismo revolucionario (no sólo el de Francia, sino el de Kant y sus discípulos), ha pasado mucho tiempo, y pudiera creerse que han pasado también y se han hecho imposibles las polémicas que entonces dividieron á los filósofos y juristas. El realismo de que se envanece-con razón-la ciencia moderna; el sedimento que por todas partes han dejado los métodos del positivismo; la dirección práctica, intuitiva, de la enseñanza novisima, todo hace presumir que la orientación intelectual de los hombres de hoy... y de mañana, sea completamente enemiga de toda lucubración que no se funde en un nutrido saber de hechos, en una sólida base de investigaciones concretas, sin las que toda generalización, toda sintesis (como suele decirse), quedan en puros lirismos más ó menos ingeniosos, pero inútiles siempre.

Y sin embargo, no es así. Muchos de los que se precian de hombres modernos, de espíritus revolucionarios, y se expresan á todas horas como defensores de la formación realista de la intelicia, no perdonan ocasión para zaherir á los que

llaman eruditos, despreciando la labor que éstos representan. En esas censuras y ese menosprecio, hay una contradicción y un orgullo.

Empecemos por la contradicción. Y en primer lugar, digamos que se equivocan quienes reducen la erudición al saber de libros viejos ó nuevos, es decir, al saber de lo que otros han dicho sobre la materia propia de nuestro estudio. Erudito es el que sabe eso y el que conoce directamente gran cantidad de hechos relacionados con su especialidad. Pongamos como ejemplo al insigne Martinez Marina, investigador de nuestra historia jurídica. Si hojeamos su Defensa, la veremos rebosante de citas de autores, cuyos pareceres aduce en favor de su tesis: esa es una erudición de las que algunos llaman hoy libresca, resucitando la palabra de Montaigne y Rabelais, aunque no enteramente en el sentido que le daban estos autores. Pero si leemos el Ensayo histórico-critico del mismo escritor, veremos que la erudición en él amontonada es de género muy distinto, sin dejar de ser erudición. Procede del examen directo de documentos históricos: fueros, leyes, crónicas, etc., cada uno de los cuales suministra un hecho ó una serie de hechos tan reales y positivos como los observados en un laboratorio de química ó los recogidos en el campo por un zoólogo.

Ocioso ha de parecer que defendamos la legitimidad de esa erudición. Sin ella no podrían avanzar un paso las ciencias que versan sobre los hechos de los hombres, ya que esos hechos, y no otra cosa, son los que dan semejante erudición. Bien puede decirse, por el contrario, que quien más erudito sea en tal sentido, será el más sabio en las materias á su erudición referentes, porque podrá argumentar, no en el aire, sino con igual solidez que un especialista de las disciplinas experimentales. Querer otrà cosa, sería parecerse á cierto autor de Historia del Derecho, que deducia del Derecho natural v de la psicología (moderna) de los sentimientos humanos la organización de la familia entre los iberos primitivos! Historia, Derecho, Política, Economía, Cuestiones sociales, Educación, todas las infinitas ramas de los estudios antropológicos, tienen vinculado lo mejor y más preciso de su saber á la acumulación de hechos singulares, de observaciones menudas que, poco á poco, van fundando conclusiones cada vez más

Lo que hay es que la pedantería en el uso de esa erudición la ha desprestigiado enormemente. Hay quien no sabe escribir el más ligero juicio sin amontonar citas que, claro es, resultan en su mayoría impertinentes; y autor ha habido que para criticar una mala novela de cien páginas, ha necesitado escribir otras ciento, en que se trasladan innumerables pasajes de novelistas y poetas de todos los siglos, en sus respectivos idiomas, desde el griego al alemán. Pero esos abusos, de los que todos nos reimos, nada deben pesar contra el valor indiscutible, la necesidad irremediable de la erudición verdadera y oportuna. ¿Qué es, al fin y al cabo, la obra monumental de la sociología spenceriana, sino una ensambladura admirable de numerosísimos datos concretos, es decir, de erudición de historia pasada y presente, que han permitido al autor el ascender à conclusiones de cierta generalidad?

Veamos ahora la otra especie de erudición: la de autores. A primera vista, puede parecer ésta inútil v hasta embarazosa para el libre desenvolvimiento del pensar propio. Y sin embargo, no es

así, sino todo lo contrario. Fundamentalmente, la inteligencia de las generaciones actuales es un resultado de la herencia de las generaciones pasadas, y sobre el cimiento de éstas levanta su propia altura y ofrece una orientación especial. Concretamente en cada individuo, el saber ajeno, pasado y presente, necesita ser incorporado para cada cuestión de estudio, respecto de la que cumple el fin de «ahorrar fuerzas, preparar el terreno, sugerir procedimientos é ideas, prevenir falsas direcciones y evitar, en suma, como ya observaba Spencer, que se repita en cada individuo la evolución intelectual de la humanidad entera desde su comienzo: cosa para la cual es dudoso que tuviera tiempo bastante cada hijo de vecino. Y claro es que, suponiendo un caso absoluto de autodidactismo-consecuencia última del desprecio de la ciencia ajena-el autodidacto estaria en evidente inferioridad respecto de los que se deciden á edificar su saber sobre el resultado de la labor ajena» (1).

Siempre que de esto hablo, me viene á la memoria un episodio de la vida literaria de cierto escritor muy celebrado por su ingenio chispeante y vivo. Tuvo nuestro hombre que escribir un discurso para no sé qué Ateneo, Academia ó cosa por el estilo, y pensó, naturalmente, en un asunto literario que (naturalmente también) había de ser lo más profundo y original posible. Sin comunicar á nadie el tema escogido, se puso á trabajar en él á la manera que le era usual, es decir, empleando, por todo instrumento de producción, su talento natural y su ingenio, apenas nutridos por algunas lecturas de la juventud en lo tocante á

-¿Qué te parece? ¿Está bien mi teoría?

—Muy bien—contestó el otro, á quien la amistad le daba derecho á toda franqueza—. Sólo que eso, ya lo había dicho hace cuarenta años Hegel, en su Estética.

Excuso pintar el asombro del hombre de ingenio, que había inventado, después de muy hondo

cavilar... una teoría de Hegel.

Pues eso mismo les ocurre con frecuencia á los que desdeñan la erudición en los asuntos que estudian. ¡Y medrados estariamos, en cuanto al progreso de las ideas, si lo mejor de nuestras energías lo empleásemos continuamente en reinventar lo va inventado, en vez de nutrirnos de ello para continuar la obra y perfeccionarla! Precisamente para esto, que debe ser la suprema aspiración de los profesionales de la inteligencia, lo fundamental es enterarse bien, antes de acometer una labor, de lo que hay hecho á su propósito, tanto en orden á los procedimientos como á las conclusiones y resultados de la investigación, en la seguridad de que, cuanto mejor se conozcan los precedentes, más hondo v firme v nuevo será el surco que se abra en el camino de la ciencia ó del arte.

Hay más todavía. No basta tener la erudición, adquirirla personalmente para aprovecharla en la obra propia; es necesario, además, difundirla, exhibirla, no para envanecerse con ella y que los demás se maravillen de lo extensa y variada que pueda ser, sino para prestarles uno de los más se-

estudios fundamentales. Terminada la obra, que á él le pareció exquisita, y sobre todo muy nueva, se le ocurrió comunicarla á un amigo, por cuyo saber sentía nuestro autor profundo respeto. Fué allá, encontró al amigo muy propicio, le leyó el discurso y en acabando, le preguntó ansioso:

<sup>(1)</sup> Véase Psicología y literatura.—El saber ajeno.

ñalados favores que un hombre de cultura puede prestar á sus semejantes: orientarlos respecto del estado de los problemas científicos ó artísticos, dirigirlos en sus lecturas, señalarles lo que deben tener en cuenta, y en suma, ahorrarles, ó muchos tanteos en busca de fuentes, ó muchos errores por insistir en cosas ya rectificadas ó en el uso de medios de trabajo que equivaldrían á emplear hoy, en la guerra, el fusil de chispa. Esto, aparte de lo que ilumina la posición actual de los problemas, la historia del cómo han llegado los especialistas (ó la humanidad toda) á verlos como hoy los ven: en lo cual está muchas veces quizá la explicación de de equivocaciones de trascendencia ó de puntos de vista parciales.

Por otra parte, el espíritu de imparcialidad objetiva, que cada día va penetrando más en el terreno científico, hace que sea exigida á todo hombre de ideas la exposición fiel y completa de las contrarias, y en general, de todas las que difieren de las suyas, para que el público, dándose cuenta de la totalidad de los aspectos de cada cuestión, tal como los han visto y los han formulado los diferentes tratadistas de ella, pueda formar juicio exacto y personal, en vez de recibir exclusivamente el del autor. Aquella especie de libros dogmáticos que se limitan á defender un sistema ó teoría especial y despachan en dos renglones, con unas cuantas frases de desdén ó con una indicación de pormenor, todos los sistemas y teorias ajenas (cuya substancia, naturalmente, queda ignorada para los lectores), han caído ya en el desprestigio que merecen. Libros de esos hay (verbigracia, de filosofía) que dedican medio cuarto de página á refutar el kantismo ó el pesimismo ó el positivismo, sin cuidarse de decir en qué consisten (lo que supondría una exposición detenida) y crevendo que cumplen con su deber científico para con el público degollando así direcciones del pensamiento abonadas por nombres ilustres y que han movido la inteligencia de numerosas generaciones: bien es verdad que muchas veces esa parquedad estriba en que los autores de tales libros no saben de esos sistemas contrarios más de lo que de ellos dicen, que es siempre una vul-

garidad simplista.

Para evitar esos peligros, hay que tener erudición y hay que mostrarla en cuanto sea útil á los demás, para que éstos se enteren de lo que supone cada asunto concreto. Precisamente la inferioridad de los pueblos intelectualmente inferiores, consiste en ignorar los problemas, las direcciones varias del pensamiento humano, y en figurarse que todo está ya resuelto y que basta para poseer la verdad inconmovible, leerse un manualito donde un escritor de los del partido sirve, con mejor ó peor aderezo, la doctrina consagrada, de modo que no hay más sino aprendérsela de memoria.

Por mi parte, cada día me afirmo más en la creencia de que hay que ilustrar al público respecto de todas las soluciones para abrir el espíritu en vez de cristalizarlo; y tranquilo ante la esperada censura, ante el mote de erudito, seguiré aprontando erudición y citando libros y autores, con el propósito de que á otros sirvan como me han servido á mí para esclarecer ideas, y con la franca sinceridad del que, lejos de esconder las fuentes en que ha formado sus conocimientos, las revela para que todos las utilicen.

Y ahora, dígase si no es contradicción, en quienes blasonan de realismo, despreciar el conocimiento del saber ajeno que, aparte otras cosas, es un dato real—tan real como un hecho externo—sin el que no cabe explicarse la ciencia presente.

En cuanto al factor de orgullo que hay en ese desprecio de la erudición, fácilmente se advierte. Rechazar por inútil el saber ajeno ú ocultarlo sistemáticamente cuando se tiene, quiere decir que se le estima en poco, que se considera muy superior el fruto original de la propia inteligencia y que se revierte al racionalismo puro de los revolucionários de otros tiempos, que creían poder pasarse de la tradición, de los precedentes, de lo histórico, para construir un mundo nuevo, enteramente nuevo, con el solo esfuerzo de la razón individual. Cierto es el valor de ésta en la obra científica. Si todos fuésemos tan sólo repetidores de lo que se pensó antes que nosotros, no habría lo que llamamos progreso; pero los que defienden la erudición no tratan de desconocer el papel necesario y fructifero de la originalidad racional: tratan, únicamente, de reducirla á su propio campo, y de reivindicar la función esencial de ese otro factor de la vida científica, asiento inexcusable de todos los demás.

## El periodismo literario

Muchos vacíos tiene aún nuestro periodismo. Uno de ellos es el de la sección literaria. Entendámonos.

Aunque el periódico ha sufrido recientemente una crisis muy honda en punto á sus caracteres, ya invadiendo el campo propio de la revista, ya evitando el sentido doctrinal y renunciando á ser órgano de la opinión ó representante cerrado de un partido político, para limitarse á la función puramente informativa sensacional, no cabe duda que sus transformaciones tienen un límite infranqueable, à saber: la condición esencial del periódico mismo, que éste no puede perder sin condenarse á muerte como género literario. Esa condición es, para mí, la noticia. El periódico sirve, ante todo, para enterarnos diariamente, con toda la rapidez y exactitud posibles, de lo que ocurre en el mundo. Es, en este sentido, la fuente más inmediata de conocimiento de la historia presente, de la que está produciéndose á cada instante, teniéndonos por espectadores y aun como actores directos. Así lo han entendido algunas universidades norteamericanas, en cuyas bibliotecas históricas existe una sección formada